

34 Una vida, UNA NOVELA



SU PADRE FUE
ASESINADO

...
Naturaleza
inquieta
y de gran
temperamento

CASADA
CINCO VECES

2
PTAS.

LANA TURNER

¡Están a la venta!

LORETTA YOUNG.— Esta encantadora estrella que vemos todavía en pañuelos de muchacha, es nada menos que «la actriz veterana más joven» de Hollywood. A pesar de que continúa siendo una chica encantadora, comenzó a trabajar para la pantalla en los ya lejanos tiempos del cine mudo. Su vida es una larga experiencia cinematográfica, con un divorcio en su juventud y un segundo matrimonio que sera probablemente el definitivo.



GLENN FORD.— El gran actor que se reveló en la película «Gilda». Como consecuencia de su magnífica labor en este papel, obtuvo un contrato para interpretar exclusivamente «tipos duros». Después de su matrimonio con la actriz Eleanor Powell, ella ha abandonado su trabajo ante las cámaras y su personalidad artística para convertirse, simplemente, en la señora Ford.



UNA VIDA, UNA NOVELA

LANA TURNER

- ◆ Casualmente «descubierta» en un bár.
- ◆ La famosa «chica del jersey».
- ◆ Muchos maridos y poca suerte.

Volumen n.º 36
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | |
|-----------------------|----------------------|
| 1. MARLON BRANDO | 19. ALAN LADD |
| 2. JOHN WAYNE | 20. SUSAN HAYWARD |
| 3. HEDY LAMARR | 21. ROBERT TAYLOR |
| 4. ERROL FLYNN | 22. RITA HAYWORTH |
| 5. MONTGOMERY CLIFT | 23. TYRONE POWER |
| 6. MARILYN MONROE | 24. JUDY GARLAND |
| 7. GARY COOPER | 25. KIRK DOUGLAS |
| 8. ELIZABETH TAYLOR | 26. AUDREY HEPBURN |
| 9. ROCK HUDSON | 27. VITTORIO GASSMAN |
| 10. GINA LOLLOBRIGIDA | 28. JOAN CRAWFORD |
| 11. CLARK GABLE | 29. RAF VALLONE |
| 12. LESLIE CARON | 30. INGRID BERGMAN |
| 13. GREGORY PECK | 31. JAMES STEWART |
| 14. GRACE KELLY | 32. BETTY HUTTON |
| 15. FRANK SINATRA | 33. JOSEPH COTTEN |
| 16. SILVANA MANGANO | 34. LORETTA YOUNG |
| 17. VAN JOHNSON | 35. GLENN FORD |
| 18. AVA GARDNER | 36. LANA TURNER |

PÍDALOS EN SU KIOSCO!

De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial
enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados. Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRÁFICAS
RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

S ENTADO a la puerta de su casa, con las manos en los bolsillos y mal arropado en una deterrada bufanda, un hombre contemplaba abstraído el cielo. Su mirada era fija, penetrante. Parecía como si, con sus pupilas, quisiera penetrar la azul inmensidad. Estaba solo, pero hablaba consigo mismo en voz alta, murmurando extrañas palabras.

—La luna está bajo el signo de Libra... Y esta mañana el sol estaba en el signo de Acuario... Es buena señal... el sol oponiéndose a Júpiter, el benéfico planeta... Si el chico nace hoy, no cabe duda de que estará dotado de una personalidad extraordinaria... Y, además, ocupará un lugar destacado en la vida. Las estrellas nunca mienten...

Se llamaba Virgil Turner y trabajaba de capataz en una mina del pueblecito de Wallace, en Idaho. Tenía cuarenta y dos años y la cabeza llena de proyectos que jamás realizaba. Su vida había sido un constante fracaso; iluso y de imaginación desbordada, había actuado según lo que él llamaba el dictado de las estrellas, seriamente convencido de que ellas habían de marcar su destino. Pero los astros no se habían mostrado ciertamente muy pródigos con él. Vivía pobemente con su mujer en una misera casita junto a la mina, compartiendo su tiempo entre el trabajo, el juego y la astrología, ciencia por la cual sentía una verdadera chifladura. Más de una vez Mildred, su esposa, le había reprochado esta obsesión de consultar con los astros hasta los menores actos de su vida.

—¿Por qué no intentas tomar tus decisiones por tí mismo, Virgil, sin basarte en esas paparruchas de las estrellas? Creo que nuestra vida no sería tan desesperada si no tuvieras esa fe absurda en el dictado de los astros... ¿No sabes que no es cristiano creer que nuestro destino está ya escrito de antemano? Somos nosotros los que labramos nuestro propio destino, no las estrellas...

—Calla, calla, mujer... ¿Tú qué entiendes de esto? Anda, vete a la cocina y prepárame algo de comer... Tengo hambre...

Así terminaban todas las discusiones. Virgil no admitía que su mujer interviniere para nada en su vida, ni mucho menos le consentía que se burlara de cosas tan sagradas... ¿Acaso no sabía él la importancia grande que concedían los antiguos al Oráculo de Delfos?

Así, aquella noche, como en todos los momentos importantes de su vida, Virgil había corrido a consultar a las estrellas para conocer de antemano el destino de su hijo.

Pero no fue un hijo, sino una niña rubia y sonrosada lo que Mildred trajo al mundo. Virgil no podía dar crédito a sus ojos y su indignación era, por lo sincera, realmente cómica.

—¡Una chica! Una linda mujieca que sólo pensará en perifollos y lacitos... ¡Y con un horóscopo tan estupendo! ¿No te fastidía? Si hubiera sido un chico... habría llegado a ser el dueño del mundo... Pero, una mujer, ¿qué va a hacer una mujer con las cualidades que caracterizan a los nacidos bajo el signo de Acuario? Si es generosa, se la tildará de despilfarradora; si es apasionada, se la

juzgará mal; si es impulsiva, todo el mundo la criticará...

—¡Vamos, vamos, Virgil! — interrumpió su mujer —. Olvídate de todo eso por un momento... y ven a ver qué bonita es... Tiene los ojos tan azules como ese cielo que tú no te cansas de contemplar, y el pelo tan rubio y la tez tan suave...

—Sí; reconozco que la niña es preciosa... Pero si hubiera sido un chico, con esa misma belleza... y con Acuario presidiendo su vida... tú imaginate a dónde habríamos llegado... El y nosotros de rechazo... es una verdadera lástima... Porque las estrellas predicen...

—¡Virgil, Virgil! No cambiarás nunca...

* * *

La pequeña fue bautizada por su padre con el rimbombante nombre de Julia Jean Mildred Frances Turner. La madre había protestado el principio por aquel nombre tan largo y tan complicado que no cuadraba en absoluto a una chiquilla tan diminuta como su hija. Pero Virgil no sólo se mantuvo inflexible, sino que tuvo a gala no nombrar jamás a la pequeña de otro modo que con su nombre completo. Y era francamente gracioso oírle cuando quería ponerse autoritario y reñirla por alguna traviesura — pues la niña crecía endiabladamente inquieta — carraspear primero y luchar luego con el trabalenguas de nombre tan complicado.

—Mildred Jean Julia Frances... No Julia Mildred Frances Jean... Bueno, quiero decir: Julia Jean Mildred Frances... Si, eso es, creo que ahora lo

he dicho bien. Señorita, venga usted acá inmediatamente...

La niña se reía, y la verdad era que no le hacia demasiado caso. Su madre, resignada, hacia mucho tiempo que había optado por llamar a su hija simplemente Lana. Y la niña, a quien el apodo agradaba, solía increpar a su padre, diciéndole:

—Pero, papá: ¿por qué te empeñas en llamarme con ese nombre tan absurdo? ¿Fueron las estrellas las que te aconsejaron que me lo pusieras? Sería mucho más sencillo que me llamasen como mamá, Lana. Es más bonito, ¿no crees?

—Jamás! Tu nombre es Julia Jean Mildred Frances y así te llamarás mientras yo viva. Ese invento de tu madre es una tontería... Lana... ¡Bah! Las mujeres tenéis la cabeza llena de maderías...

Y se marchaba, de nuevo a la taberna, seriamente disgustada con las mujeres de su familia.

Lana era ahora una chiquilla de nueve años, vivaracha, inquieta, impetuosa. Tenía el genio explosivo y peleaba con los chicos y chicas del pueblo por la menor cosa. Pero todos la adoraban porque tenía la buena cualidad de recuperar rápidamente el buen humor y entonces reía con ellos y se ponía a su lado incondicionalmente para inventar toda suerte de diabllerías.

La vida de la familia Turner transcurría en la mayor miseria. Hacía tiempo que el propio Virgil, desesperado con su suerte, no consultaba siquiera con las estrellas. ¿Para qué? Si estaba perdiendo la fe en sus predicciones... Una noche, la víspera de Navidad, y a raíz de una pelea con su mujer

más seria que de costumbre, Virgil salió de casa decidido a probar fortuna donde fuera y cómo fuese. Su mujer acababa de hacerle los más duros reproches y él comprendía que la buena y paciente Mildred tenía razón en todo lo que había dicho. Sí, era un fracasado. Jamás logaría sacar a su familia de aquella miseria en que vivían. Su sueldo de capataz en la mina apenas alcanzaba para mal comer los tres. Y la niña estaba ya en edad de recibir una buena educación; no era cosa que una hija suya —y con un horóscopo tan extraordinario, por añadidura— se pudriera en aquel pueblo dejado de la mano de Dios. No, no, había que encontrar el medio de salir de allí, de trasladarse a una ciudad donde hubiera buenos colegios y Universidades, donde la chica pudiera labrarse un porvenir digno de una hija de Acuario... Pero, ¿cómo conseguirlo? ¿Dónde encontrar el dinero preciso para todo esto? El pobre Virgil, de mentalidad muy limitada, no encontró solución mejor que dirigirse a la taberna en busca de la timba de poker y juzgarse los pocos dólares que acababa de cobrar aquella mañana. Antes de cruzar el umbral de la puerta, sin embargo, dirigió una ansiosa mirada al cielo, buscando desesperadamente un signo alegrador en las estrellas. Y esta vez, sí, esta vez los astros predijeron al infeliz Virgil una rara fortuna en el juego... Sagitario era el signo de la suerte... La fortuna se le presentaría aquella noche en bandeja... Jugó febrilmente, sintiendo correr el sudor por la frente, pese al frío de la noche... Y ganó, ganó lo que para él era una suma inmensa: cuatrocientos dólares... Tuvo la fuerza de voluntad

de retirarse a tiempo: con aquel dinero tal vez pudieran instalarse en San Francisco... Los astros habían sido benévolos con él aquella noche; le habían presagiado suerte y... allí estaba él, Virgil Turner, el iluso, el chiflado de la astrología, con un bonito puñado de billetes en la mano.

Pero lo que las estrellas no le habían predicho fue que...

Al salir a la calle, Virgil respiró profundamente. El ambiente cargado de la taberna había llegado a marearle. Y luego, aquella racha de suerte, insólita en él, le había producido tal emoción, que apenas podía tenerse en pie, aunque no había tomado ni un solo vaso de vino en toda la noche. Sentía sobre su pecho, muy profundo, el calorcillo de aquel puñado de billetes que, inesperadamente, iban a cambiar el rumbo de su destino. Levantó la mirada al cielo, en un gesto de agradecimiento... Y, de pronto, todo desapareció de su vista. Sintió un dolor en el costado y al tiempo que caía pesadamente al suelo, vio el rostro de un desconocido inclinarse sobre él y unas manos extrañas palpar su cuerpo... No percibió nada más. El golpe había sido certero. Su corazón dejó de latir casi instantáneamente, y con la misma rapidez desaparecieron los cuatrocientos dólares.

* * *

Mildred no supo jamás quién había sido el asesino de su esposo. Desesperada, deshecha por aquel golpe inesperado de destino, que la dejaba a ella y a su hija materialmente en la calle, reco-

rostro tan perfecto! La estuvo mirando durante mucho tiempo, observando detenidamente cada uno de sus movimientos. Tanto que Lana acabó por sentirse molesta, y Greg, celoso y pendenciero como era, estaba a punto de pedirle explicaciones al desconocido, cuando éste, levantándose de su asiento, se dirigió directamente a Lana y haciendo caso omiso de todos los demás, le puso una mano en el hombro y le dijo:

—¿Le gustaría trabajar en el cine, pequeña?

Lana creyó no haber oído bien. ¿Trabajar en el cine? Pero, ¿quién era aquel desconocido que le hacia tan extraña proposición? Como si hubiera adivinado sus pensamientos, el hombre añadió:

—Soy Billy Wilkerson, del «The Hollywood Reporter». Preséntese mañana en el Estudio. Deberá ir acompañada de una persona de su familia, preferentemente de su madre. Aquí tiene mi tarjeta... y ¡buena suerte, muchacha!

Cuando regresó a casa aquella noche, Lana estaba presa de extraña agitación. La proposición del desconocido había sido tan sorprendente e imprevista que la había sumido en un mar de confusiones. Trabajar en la pantalla era algo con lo que nunca se había atrevido a soñar, a pesar de estar loca por el cine, como todas las chicas de su edad. A la mañana siguiente, acompañada de su madre, se presentó ante el director Mervyn Le Roy, a quien iba dirigida la tarjeta de Wilkerson. Le pareció increíble y fantástico que las puertas del Estudio, ante cuyas rejas había pasado tantas horas aguardando la salida de algún astro famoso para pedirle un autógrafo, se abrieran ahora ante

ella como arte de magia, sólo con exhibir ante el portero aquel pedacito de papel blanco que le diera el desconocido en el bar. Le Roy, hombre experimentado, comprendió pronto todas las posibilidades que había en la principiante. Allí mismo, ante el personal del Estudio, la hizo caminar, accionar los brazos, mover la cabeza y hablar. Afortunadamente para ella, el electricista tardó una hora larga en colocar las luces, de modo que la lección práctica fue larga. Y cuando llegó el momento de actuar ante el director de pruebas, la muchacha tenía ya en su haber una valiosa experiencia. No era que hubiese aprendido mucho pero, al menos, estaba compenetrada con todo lo que debía hacer. Y la prueba fue un éxito. Y el resultado del éxito, un contrato con setenta y cinco dólares a la semana. ¡Una fortuna para Lana y su madre! Wilkerson la felicitó al terminar la prueba.

—¡Bravo, pequeña! Estaba seguro de que triunfarías. Apenas te vi, comprendí que había en tí algo inconfundible, personalísimo, que te hacía estrella por derecho propio. Eres muy bonita, pero no has sido sólo tu belleza lo que me ha hecho fijarme en tí: hay cientos de muchachas tan hermosas como tú aguardando su oportunidad... Fue la forma en que te serviste el helado lo que me llamó poderosamente la atención... Y el movimiento con que echaste la cabeza hacia atrás, me cautivó... En aquel instante comprendí que me hallaba ante una verdadera estrella en ciernes... y que no podía dejarte escapar.

—¡Oh, señor Wilkerson! Ha sido usted tan amable... Yo le estoy tan agradecida... Todo esto me

parece un hermoso cuento de hadas, algo tan irreal que estoy temiendo despertar a cada instante...

—Pero, Lana, ese papel que llevas en la mano, con tu firma y la firma del señor Le Roy estampada al pie, no es precisamente un sueño... ¿no crees? — intervino Mildred, que estaba tan asombrada como su hija.

—Tienes razón, mamá. Esto es realidad, una hermosa realidad — casi gritó Lana, agitando el contrato en el aire —. Y ahora, mamita, ya no trabajarás más... Yo gano lo suficiente para las dos...

* * *

Aquello sí que fue para Lana un renacer a la vida, a una vida fantástica y maravillosa que la deslumbró, cegándola. El ambiente de los Estudios, la vida de las estrellas, las fiestas hollywoodenses la embriagaron. Rompió con Greg, pese a sus promesas de amor, cegada por la corte de admiradores famosos que la asedió apenas hizo su entrada oficial en el Estudio. Tenía diecisiete años y la cabeza llena de sueños absurdos. Su debut en la pantalla fue en una cinta de título simbólico: «Las masas rugen», junto a Claude Rains, donde pudo lucir todo su garbo, su personalidad... y su sueter, la prenda que debía llevarla de la noche a la mañana, al estrellato. En honor a la verdad, no fue el uso del sueter lo que la hizo famosa, sino la prohibición de la censura de usarlo en la pantalla. Parece ser que la grácil figura de Lana con esa prenda, resultaba tan provocativa y tan seductora, que los censores declararon que atentaba

contra la moral pública y prohibieron a la chica presentarse nuevamente en la pantalla vestida de ese modo. Pero su popularidad estaba ganada: como ocurre con los chiquillos a quienes se les prohíbe algo de comer, despertándoseles entonces más el apetito, así sucedió con el público: todos querían volver a ver a la «censurada»... y miles y miles de cartas, llamadas telefónicas y hasta cablegrafías pidiendo una nueva cinta de Lana, llegaron a los Estudios... Desde aquel día la muchacha fue universalmente conocida por «la chica del sueter».

A «Las masas rugen» siguió otro papel más importante junto a Brian Aherne en «El gran Garrick», y más tarde «Las aventuras de Marco Polo», con Gary Cooper. Cuando Mervyn Le Roy abandonó los estudios Warner para pasarse a la Metro, Lana no quiso separarse de él y le acompañó, colaborando inmediatamente con Mickey Rooney en «Andrés Harway se enamora». La niñita modesta pasó a convertirse en estrella. Y en vista de que la arrancaban del Colegio, el Estudio se preocupó de buscarle profesores. De este modo, Lana compartía su tiempo entre los estudios... y el aprendizaje para ser «glamorosa». Su fama como estrella se cimentó rápidamente... y también su fama de mujer hermosa y apasionada. Fueron muchos los actores que se sintieron atraídos por sus encantos. Y Lana, enamorada del amor, buscaba afanosamente al compañero de su vida, al Príncipe Azul que le diera todo el cariño y todo el amparo de que tan necesitado estaba su corazón. Su visión romántica del amor la hacía trasladar a la vida real todos los idílicos que vivía o admiraba en el

gió los pocos bártulos que poseía y se trasladó a San Francisco, donde se colocó de sirvienta en una casa acomodada. La niña fue por el momento a vivir con su abuela, en Los Angeles.

La muerte de Virgil causó en Lana una honda impresión. La chiquilla admiraba las fantasías de su padre y le quería con un cariño casi rayano en la adoración. Los años pasados junto a su abuela, en una casa donde todo le era extraño, alejada de su madre y de sus costumbres, llenaron el corazón de Lana de una soledad trágica que debía presidir toda su vida y hacerle desechar, cada vez con mayor ahínco, la estabilidad de un hogar firme y de un cariño verdadero a su lado.

Con el dinero que su madre ganaba penosamente trabajando, Lana pudo asistir en Los Angeles a la Escuela Primaria. Su instrucción dejaba mucho que desear, pues la penuria de su casa y los pocos medios de que se disponía en Wallace, la hicieron llegar a los nueve años sabiendo escasamente leer y escribir. La niña tenía, sin embargo, una inteligencia despierta y en muy poco tiempo logró ponerse al nivel de las otras niñas. Un día su madre fue a visitarla a Los Angeles y le dijo que con el poco dinerito que tenía ahorrado, pensaba matricularla en la Escuela Superior de Hollywood y que además, desde aquel día se quedaba a su lado. Lana creyó morir de felicidad.

* * *

En la Escuela Superior, Lana conoció una existencia nueva para ella. Hizo muchas amistades,

sobre todo entre el elemento masculino, pues la muchacha se había convertido en una verdadera belleza. No muy alta, pero de silueta armoniosa y perfecta, poseía el rostro más encantador y más correcto que pueda imaginarse. Sus ojos seguían siendo profundamente azules y su pelo tan rubio como el oro. Tenía el carácter alegre y franco y siempre estaba dispuesta a ayudar a los compañeros. Su entrada en la escuela causó una verdadera revolución: todos los muchachos corrieron tras ella, atraídos como moscas a la miel. Se disputaban una frase suya, un gesto, una mirada y cuando, al terminar las clases Lana regresaba a su casita de Los Angeles, lo hacia siempre escoltada de una corte de pretendientes. Ella aceptaba aquella admiración como algo natural. Se sabía atractiva, pero no le daba demasiada importancia; pese a su aspecto provocativo y deslumbrante no era, en realidad, más que una chiquilla asombrada y tímida. Su inesperada y dramática orfandad, había dejado en ella una huella profunda y cifraba todo el anhelo de su vida en labrarse un porvenir y dar a su madre la posición y la holgura de que había carecido siempre. Por ello, el día en que Greg Bautzer, uno de sus más rendidos enamorados, se le declaró, la muchacha dudó antes de aceptarle. Recordaría siempre el día en que el muchacho le dijo que la amaba. Era al atardecer: paseaban juntos por el parque y de pronto Greg la había abrazado fuertemente.

—Lana, chiquilla, me vuelves loco. Desde que te he conocido, no como, ni duermo, ni puedo hacer otra cosa que pensar en ti. Tienes que quererme,

tanto como yo te quiero a ti. De lo contrario, me mataré...

—Por favor, Greg... ¡qué impulsivo eres! —había respondido Lana, sorprendida y halagada a un tiempo—. Si apenas te conozco... ¿Cómo puedo ya quererte? Además, yo ahora tengo que estudiar. No quiero pensar en otra cosa que no sea labrarme un porvenir. Mi vida no ha sido fácil, ¿sabes? Mi madre me necesita... Tengo que ayudarla...

—Lana, eres una muchacha estupenda... Y fantástica, a un tiempo... Siempre estás pensando en los demás... Con tu hermosura, con tu atractivo, ¡qué te importa el porvenir! Además, ¿no te parezco yo un porvenir bastante aceptable?

—¡Oh, si, Greg! Eres tan simpático... Nunca he conocido a un hombre como tú... Si, creo que me pareces un porvenir bastante aceptable. Pero...

—¿Quiere eso decir que me aceptas, que consientes en ser mi novia?

Lana vaciló. Le miró profundamente a los ojos y tras unos instantes de silencio, respondió:

—Si, Greg, seré tu novia... Pero tienes que prometerme que permitirás que termine mis estudios...

—Lo que tú quieras, cariño. Me basta saber que me aceptas para considerarme el hombre más feliz de la tierra. Voy a contártelo a todo el mundo, ¿sabes? Quiero que todos me envidien, que mueran de celos... Porque todos los chicos están locos por ti, ¿no lo sabías?

Sí, Lana lo sabía. No era difícil adivinarlo en cada mirada, en cada frase que le dirigían. Pero ella había aceptado a Greg porque le consideraba

el más interesante y de personalidad más arrolladora de cuantos hombres había conocido. Su corazón solitario se entregó a aquel cariño con todo el ardor de su juventud.

Pero el Destino no podía permitir que un mortal cualquiera truncase tan prematuramente la carrera de aquella muchacha a quien debía tomar bajo su protección. Un hecho inesperado vino a cambiar totalmente la vida de Julia Jean Mildred Frances Turner. Un hecho insignificante... pero cuyas consecuencias no podían prever ni Lana, ni su novio, ni siquiera el propio Virgil Turner, el confidente de las estrellas. El hecho ocurrió, como todos los hechos transcedentales de la vida, de la forma más inesperada y más simple.

Un bonito día de primavera, a la caída de la tarde, Lana había ido como de costumbre, en compañía de Greg, a un bar cercano a la Escuela, donde solían reunirse, después de las clases, con todos los compañeros. Era un poco tarde, pues Lana y Greg se habían entretenido dando un paseo por el parque. Cuando penetraron en la sala, los otros muchachos les recibieron ruidosamente, haciendo bromas y echándoles pullitas. El único cliente fuera del grupo, estaba sentado en un ángulo del mostrador sorbiendo tranquilamente su refresco. Era un hombre de alguna edad, que parecía totalmente abstraído e indiferente a cuanto ocurría a su alrededor. Ni una sola vez había levantado la cabeza para mirar al grupo de alegres muchachos y muchachitas. Sólo cuando oyó la voz musical de Lana, levantó la cabeza sorprendido. ¡Caramba! ¡Qué muchacha tan bonita! ¡Jamás había visto un

Su reaparición en Hollywood fue celebrada con entusiasmo; volvió a ser el imán de todas las miradas en los clubs nocturnos; volvió a suscitar la admiración de cuantos galanes se cruzaban a su paso. ¿Cuántos hombres la pretendieron? Era difícil saberlo, pues Lana parecía tener siempre una larga cola de admiradores y durante algún tiempo pareció entregarse al juego preferido de las estrellas hollywoodenses, el juego del amor, consistente en salir con varios pretendientes a la vez, para luego decidirse por el que menos se piensa. Mientras declaraba estar enamorada de Turhan Bey, se dejaba acompañar por Peter Lawford; cuando sonreía melancólicamente ante el nombre de Robert Hutton... volaba al Brasil para reunirse nada menos que con Charles Jaeger, el magnate de la radiotelefonía americana... Ni el propio Hollywood era capaz ya de controlar sus idilios... Las críticas fueron sangrientas y un verdadero diluvio de publicidad cayó sobre ella. Se la calificó de frívola e inconstante. Pero Lana se encogía de hombros y cuando su madre la reprendía, inquieta por la fama que iba envolviendo a su hija, ésta contestaba invariablemente

—¡Déjales que hablen, mamá! No me importa nada de cuanto puedan decir... Tengo derecho a vivir mi vida como mejor me plazca... y el amor es algo substancial para mí...

Mildred callaba, dolorida, pensando en todo el daño que Lana estaba haciéndose a sí misma. Y deseaba con todo su corazón que la muchacha encontrase, al fin, a un hombre de verdad que supiera hacerla dichosa. Pero cuando las murmu-

raciones llegaron al máximo, fue cuando, de la noche a la mañana, Lana empezó a presentarse en público en compañía de Tyrone Power. Ty había regresado hacia poco de la guerra; venía cambiado y con unas ganas locas de apurar la vida. Además, sus relaciones con Annabella, su mujer, se hallaban muy tirantes y al conocer a Lana no pudo escapar a su hechizo.

—Me habían hablado mucho de tí, Lana, pero la verdad es que se han quedado cortos en cuanto me han dicho... Eres mucho más encantadora de lo que yo suponía... — le declaró la noche misma en que se conocieron.

El idilio no tardó en brotar... Y mucho menos en ser del dominio público. Lana no era muchacha capaz de ocultar sus sentimientos. Cuando se enamoraba parecía sentir la necesidad imperiosa de proclamarlo a los cuatro vientos. Muy pronto se dio cuenta de que estaba enamorada de Ty con toda la profundidad y sinceridad de que eran capaces los hijos de Acuario. Creyó intuir que allí estaba la felicidad tanto tiempo buscada; precisamente allí, junto a Ty, y se dispuso a luchar por ella, decidida a no dejarla escapar de sus manos. Fue un idilio impetuoso, frenético y sincero por parte de Lana, que pareció vivir aquellos meses como en sueños. Ty era el enamorado perfecto: galante, apasionado, fuerte... «Junto a él cualquier muchacha sería profundamente feliz...» pensaba Lana.

Pero el Dios del Amor parecía dispuesto a no aceptar a Lana entre sus protegidas. Un buen día, cuando la muchacha estaba más seriamente inte-

resada por Ty, éste anunció friamente su compromiso oficial con otra mujer, una desconocida, Linda Christian, que si no tan linda como Lana fue, en cambio, mucho más lista para atrapar al veleidoso galán en las redes del matrimonio.

La reacción de Lana ante este último desengaño — quizá el más profundo de su vida — fue tan contradictorio como sorprendente. No se desesperó, no hizo declaraciones, nadie la vio llorar... Simplemente, volvió su mirada hacia uno de los múltiples adoradores que giraban siempre a su alrededor... y se casó con él. Y para demostrar que no sentía ninguna pena por el desplante recibido, anunció que su matrimonio daría que hablar en Hollywood. El elegido era esta vez Robert Topping, el millonario. Apenas hubo noviazgo: Bob estaba muy encaprichado por la deslumbrante Lana y ella quería a toda costa ser feliz y tener un hogar estable. Nadie mejor que Bob para proporcionárselo. La ceremonia nupcial fue, como la propia Lana deseaba, apoteósica e inolvidable: la novia vestía un traje de encaje rosa que costó una fortuna; se cursaron miles de invitaciones y la fiesta que siguió fue tan increíble y sorprendente que más que una boda de verdad, parecía una superproducción de la Metro. Hubo desmayos, silbidos, gritos, empujones de los curiosos que casi destrozaron a los policías que sujetaban los cordones. En el banquete se amontonó el caviar y corrió el champán; la tarta nupcial de dos pisos, llevaba en cada una de sus superficies las inscripciones: «Amo a Lana» y «Amo a Bob». Cuando, ante los centenares de periodistas que les enfocaban con sus cámaras, Bob

se acercó a besar a la novia, se le oyó susurrar:

—Esto es para siempre, querida...

Y a ella responder:

—¡Oh, sí, Bob! Tiene que serlo...

Y había tanta ansiedad en la voz de Lana al pronunciar aquel «tiene que serlo» que un escalofrío de inquietud recorrió a los invitados más cercanos a la pareja. «Tiene que serlo...» Extraña afirmación en labios de una novia... Extraña, pero profundamente reveladora del estado de ánimo de la muchacha. Para nadie era un secreto que Lana se lanzaba a aquel matrimonio con el corazón destrozado por un desengaño amoroso. ¿Podría subsistir una unión cimentada en tan frágil base?

* * *

El sol daba de lleno sobre el yate anclado en la costa de Francia. Mientras tres buzos se descolgaban desde la embarcación, Bob gritó:

—Bueno, señora Topping, ¿qué le parece la idea de sacar un tesoro del fondo del mar?

—¡Oh, Bob! Me encanta —repuso Lana, apoyándose en la borda y observando curiosa a los hombres que iban a hurgar en el esqueleto de un barco sepultado en las profundidades del océano.

Lana estaba desconcertada; parecía una chiquilla asombrada ante su propia vida. Y pensaba: «Casi no puedo creerlo... ¡Soy yo, yo misma, la que en plena y feliz luna de miel, muy lejos de Hollywood, contemplo como se extrae un misterioso tesoro?» Y su estupefacción llegó al colmo cuando los buzos trajeron a la superficie unos ob-

cine e imaginaba que cada nuevo galán, era el caballero andante que venía a rescatarla de una vida solitaria y vacía para hacerla dichosa para siempre.

Esto al menos creyó, sinceramente, cuando, en 1939, con más de diez películas en su haber y unos ingresos bastante considerables, conoció al director de orquesta Artie Shaw, que había de ser su compañero en el film «Dos muchachas en Broadway». Al principio no simpatizó con Artie e incluso, como alguien la embromara con respecto a él. Lana llegó a declarar:

—Artie es insoportable. Es el hombre más vanidoso que he conocido en mi vida.

Era cierto. Sin embargo, después de las primeras escenas de amor en la película, lo que empezó siendo pura ficción terminó... impulsando a Lana a huir con él a Las Vegas para casarse. ¿Qué había ocurrido? El temperamento impulsivo de Lana, su excesiva sensibilidad y sus irrefrenables y súbitas simpatías, le hicieron creer que lo que sentía por Artie era un amor verdadero... No tardó mucho, sin embargo, en darse cuenta de su equivocación y desdenando todo convencionalismo y a sabiendas de las críticas que su actitud iba a desencadenar... se divorció de él apenas seis meses después de casada.

Esta primera desilusión amorosa hizo que Lana se lanzase con mayor empeño en busca de la felicidad. Su porvenir estaba asegurado; había alcanzado la fama con una facilidad sorprendente tenía un sueldo fabuloso y vivía con su madre en una casa como jamás pudiera soñar, situada en

el barrio residencial de Beverly Hills; nada material faltaba en su vida... Pero... Cuando conoció a Stephen Crane, en una fiesta dada en casa de Judy Garland, Lana se hallaba en un momento crítico; con sus esperanzas destrozadas y un anhelo frenético de hallar pronto una compensación, se entregó casi a ciegas a aquella nueva amistad. Crane se mostró desde el primer día tan enamorado, tan impaciente, tan rendido que Lana no tuvo fuerzas para rechazarle.

—Lana, querida, ¿por qué esta tortura? —le decía Stephen cada vez que estaban juntos—. Hace tres semanas que nos conocemos. ¿No crees que es una eternidad? ¿Por qué prolongar esta agonía... si, a fin de cuentas, vas a acabar casándote contigo?

—Pero, ¿por qué estás tan seguro, Stephen? —le replicaba Lana.

—Lo leo en tus ojos, chiquilla. No puedes engañarme...

Y no se engañaba, en efecto. El 25 de abril de 1942, Lana se unía a él en matrimonio. La ceremonia fue sencilla e íntima. Al principio fueron felices; Stephen era cariñoso, dúctil y estaba muy enamorado de Lana. No se oponía a que ella siguiera trabajando en el cine y en poco tiempo la muchacha filmó una serie de películas que la consagraron definitivamente. Era feliz ahora, pues creía haber encontrado, al fin, la estabilidad tan anhelada. Cuando he aquí que un día...

El rumor llegó a oídos de Lana de la forma más insospechada. Se hallaba en la peluquería y unas veces femeninas, al otro lado del tabique, la infor-

maron de algo que la dejó petrificada en su sillón.

—Oye, Peggy, me han dicho que Stephen Crane se ha vuelto a casar. ¿Es cierto? —preguntaba una de las voces.

—Pero, Molly, por Dios... ¡Qué atrasada vives de noticias! Claro que se ha vuelto a casar... ¿Y a que no adivinas con quién? Pues nada menos que con Lana Turner, la famosa «chica del sueter»...

—Pero eso es imposible... Si Stephen no está todavía legalmente divorciado de su primera mujer... Lo sé de buena tinta...

Las voces siguieron hablando, pero Lana ya no las oía. Una inmensa palidez cubría su rostro... Por unos instantes creyó que iba a desmayarse... ¿Cómo era posible semejante monstruosidad? ¿Cómo Stephen no la había informado previamente? Con una vaga disculpa, abandonó la peluquería y se dirigió rápidamente a su casa. La explicación fue dolorosa... Y el resultado inmediato un apresurado viaje a Reno y... la anulación.

Nuevamente Lana se encontraba sola, sola y moralmente destrozada. El engaño, de que había sido objeto por parte de Stephen la afectó mucho más de lo que podía suponer. Enfermó y tuvo que guardar cama durante un largo mes. Puesta al corriente de lo que ocurría, su madre corrió a su lado y Lana lloró desconsoladamente sobre su hombro como cuando era niña. Al comprobar, pocos días después que aguardaba un hijo de Stephen, creyó enloquecer. ¡Dios mío! ¿En qué situación quedaría su hijo ahora? Aconsejada por su abogado, solicitó de Stephen una entrevista privada y haciendo caso omiso de las declaraciones de amor

y de disculpa de su ex marido, accedió, una vez segura de que los trámites del divorcio de Stephen estaban perfectamente legalizados, a casarse de nuevo con él, con la condición expresa de separarse apenas naciera el pequeño. Extraña componenda, de la que Lana no quiso volverse atrás. No, ella ya no podría volver a querer a Stephen, que tan cruelmente la había engañado. Pero estaba de por medio el hijo y estaba dispuesta a defender con dientes y uñas su situación legal en el mundo. Sólo por eso accedió a casarse de nuevo con Stephen; pero el golpe sufrido, unido a todos los inconvenientes de la nulidad de ese matrimonio para casarse de nuevo, y ya legalmente, con Stephen, trastornaron de tal forma a Lana que durante tres largos meses antes de que naciera el niño, estuvo totalmente ciega. Cuando el 25 de julio de 1943, nació la pequeña Cherly Christine, la muchacha estaba agotada y deshecha. El Estudio, temeroso de que enfermase gravemente, le aconsejó unas largas vacaciones y Lana, incapaz de pensar por sí misma, se dejó llevar por su madre a un lugar tranquilo donde pudiera descansar y olvidar la pesadilla de aquellos últimos meses.

* * *

No pasó mucho tiempo lejos de Hollywood. Echaba de menos la vida agitada del Estudio, a los compañeros, el trabajo... Para su temperamento apasionado e inquieto, la mejor forma de olvido era reintegrarse al trabajo y a la vida social. Y así lo hizo Lana con mayor vitalidad que nunca.

jetos raros cubiertos de algas y conchas... que una vez limpios del disfraz con que el mar los había cubierto, resultaron ser unas valiosas vasijas de vino de las que usaban los romanos hacía dos mil años.

—Bob, querido... Todo esto es tan maravilloso... Jamás pude creer que yo viviría nunca una vida semejante... Y te lo debo a tí, a tí solo, mi amor, mi único amor...

Lana era sincera al decir esto. En aquellos momentos sentía un profundo cariño por su esposo. Cuando en septiembre, después de cinco meses de luna de miel inolvidable, decidieron abandonar Europa, Bob la llevó directamente a la que, a partir de entonces, sería su nueva casa.

La casa era colosal: una enorme y bella mansión de estilo Tudor, construida por la familia Topping hacia veinticinco años. Se levantaba sobre una colina y de ella partían enormes cuadros de césped que descendían graciosamente hasta perderse en los bosques y arroyuelos que rodean la propiedad. Junto al lago había una rústica cabanía de troncos donde Bob guardaba sus aparejos de pesca.

—Pasaremos aquí muchas horas los dos juntos, Lana —le dijo Bob—. Quiero convertirte en la mejor pescadora del mundo...

Era la primera vez que Lana viviría lejos de Hollywood; pero no le importó. Todo cuanto la rodeaba era tan sorprendente, tan fantástico y distinto a la existencia confusa que siempre tuvo que llevar... La encantaba quedarse semanas enteras en Round Hill, sin otra compañía que su ma-

rido y la pequeña Cherly Christine. Su vida era todo serenidad. Sólo durante los fines de semana, la paz se quebraba un tanto con la presencia alegría de algún grupo de amigos que llegaba a cenar el viernes y se quedaba hasta el domingo por la noche. En estos días, jugaban al golf, e invariablemente celebraban una comida campestre junto al lago, en la que lo más divertido de todo, era que los propios invitados eran los cocineros.

Antes de conocer a Bob, Lana no podía sospechar que la vida tuviera tantos aspectos agradables; por ello la existencia le parecía ahora una interminable sucesión de gratas sorpresas. Jamás se había sentido tan feliz y se prometió a sí misma defender aquella felicidad fuese como fuese. Había cambiado mucho. Franca, segura de sí misma, Lana nunca se había preocupado antes de la presión que producía en los demás; sin embargo, a su regreso de la luna de miel, cortó casi totalmente con sus relaciones hollywoodenses y se dispuso a hacer vida retirada y tranquila, ocupándose sólo de su hogar, de su marido y de su hijita. No había renunciado a su carrera, desde luego, pues a Bob no le importaba que siguiera trabajando en el cine, pero sólo se trasladaría a Hollywood cuando el trabajo se lo exigiera. En septiembre, al confirmarle el médico sus sospechas de que iba a tener un hijo, su felicidad fue completa. Se negó a actuar en la cinta «Madame Bobary», que el Estudio le tenía preparada y durante aquellos meses su vida se redujo a pescar durante horas en el lago, hacer largas caminatas por la mañana, descansar junto a la chimenea, leerle cuentos a

Cherly y preparar la llegada de su hijito con toda la ilusión y todo el esmero.

Pero el hijo no llegó; Lana estaba bastante delicada y desde hacia algún tiempo no se encontraba muy bien. Un frío miércoles por la noche, tuvo que ser llevada precipitadamente al «Doctor's Hospital» de Nueva York, donde perdió a su hijito, tres meses antes de la fecha en que debía nacer. Jamás podría Lana reponerse de aquel dolor; su Timothy, su pequeño Timothy (nombre que había elegido para el niño) no existiría jamás...

Aquí empezaron los problemas. Bob creía haberse casado con una «glamour girl» y cuando descubrió que Lana sólo ambicionaba un hogar estable e hijos, como cualquier burguesita, empezó a aburrirse. Durante todo el año 1951 Lana luchó desesperadamente por salvar su matrimonio. Las ausencias de Bob al principio eran cortas y espaciadas; pero pronto fueron haciéndose cada vez más frecuentes, hasta que una noche, le dijo crudamente a su mujer:

—Quiero libertad absoluta de movimientos para hacer lo que me plazca...

Y se marchó al Oregón, en una excursión de pesca, sin tomarse siquiera la molestia de decir a su mujer cuando regresaría. Lana procuró no preocuparse demasiado al principio; pero pasaron los meses y pronto tuvo que confessarse a sí misma que había perdido la batalla. Bob ya no regresaría nunca a su lado. Cuando el divorcio se hizo inevitable, Lana confesó a su madre:

—He dedicado tres años de mi vida a ese matri-

monio y creo que he perdido lamentablemente el tiempo. Cuanto más me he esforzado en sacarlo adelante, más lo he hundido. ¿Qué tendré yo, mamá, que no consigo ser feliz?

Mildred no supo qué contestarle a su hija. Se limitó a abrazarla, apretándola muy fuerte.

* * *

Pero el corazón de Lana no podía permanecer mucho tiempo solitario. Era asombrosa la facilidad de la estrella para el olvido. Se diría que cuando Lana decidía terminar un amor, lo hacía sin que en su corazón quedase la más leve cicatriz. La noche misma en que terminó con su marido, se la vio aparecer en «Mocambo» acompañada del hombre más apetecible de la ciudad del cine: Fernando Lamas, el galán argentino que había triunfado en Hollywood. Lana y Fernando trabajaban juntos en la nueva versión de «La viuda alegre». Muy pronto las escenas de amor de la cinta pasaron a reflejar los verdaderos sentimientos de Lana y Fernando. Y los que en un principio supusieron que el idilio no era más que un truco publicitario, tuvieron que confesarse que la pareja se hallaba realmente enamorada. Fernando declaró abiertamente a un periodista que Lana le hacía «vibrar».

—Lo nuestro ha sido una pasión a primera vista. Lana es maravillosa.

Y Lana:

—No creo que sea yo la única mujer en considerar que el encanto latino de Fernando, unido a su entusiasmo por todo en la vida, forman una

combinación irresistible que hacen de él algo único en el mundo.

Empezó a vérselas juntas a todas horas y siempre cogidos de la mano. Y he aquí, cuando mayor era la expectación, cuando todo el mundo esperaba conocer de un momento a otro la fecha de la próxima boda... ocurre lo inesperado.

Así estaban las cosas una noche de octubre de 1952, cuando Marion Davies dio una fiesta de homenaje a Johnny Ray, a la que Lana y Fernando fueron invitados. La pareja fue en compañía de sus amigos Lex Barker y Arlene Dahl. Muchos de los invitados a la fiesta no pudieron explicarse después claramente, cómo empezó la pelea. Unos dicen que Lex Barker invitó a Lana a bailar... Otros aseguran que fue Lana la que invitó a Lex... El caso es que la pareja se puso a bailar y que al verlos, Fernando sintió bullir su sangre. Hubo gritos, peleas, rotura de cristales... La rivalidad entre Lana y Arlene fue tan seria, que muchos de los concurrentes temieron que llegaran también a las manos... Afortunadamente no ocurrió nada grave, pero se rompió un matrimonio —el de Arlene y Lex— y un noviazgo —el de Fernando y Lana...

Al día siguiente de la fiesta, las parejas se habían cambiado y se veía por todas partes a Lana del brazo de Lex y a Arlene junto a Fernando. ¿Qué fue lo que unió a Lana y Lex? ¿Surgió en ellos, inesperadamente, la llama de la pasión en aquella fiesta? O fue la forma en que el apuesto Tarzán hizo frente al ataque de Fernando, lo que encendió de nuevo la chispa del entusiasmo en el corazón de Lana? En realidad, el entusiasmo fue

recíproco ya que, desde aquella misma noche, Lex se dedicó a seguir a Lana por todas partes, convirtiéndose en su sombra. Cuando la estrella tuvo que partir a Italia para filmar «La llama y la carne», Lex se fue tras ella y la pareja paseó su idilio por toda Italia. Indudablemente, Lex era un muchacho inteligente (además de pertencer a una familia aristocrática, lo que pesó mucho en el ánimo de la estrella) y tuvo el talento de ser él quien tomara el mando desde el primer instante. Lana necesitaba a su lado un hombre hecho y derecho que la metiera en cintura y la frenara. Lex no le dio oportunidad de comunicarse con sus admiradores ni consintió tampoco en regresar a los Estados Unidos hasta que ella accedió a casarse con él. Lo hicieron en Turín el día 7 de septiembre de 1953, en una ceremonia muy sencilla.

* * *

En Hollywood, este nuevo matrimonio de Lana causó una gran expectación. Fueron muchas las murmuraciones y las críticas que corrieron por la ciudad; los malintencionados aseguraban que apenas regresara a la patria, Lana entablaría un nuevo proceso de divorcio... y que el pobre Lex no iba a tener más fortuna que los anteriores maridos. Sin embargo, cuando la pareja se presentó por primera vez en público, las gentes quedaron asombradas: Lana parecía una mujer completamente distinta. Llevaba ahora el cabello oscuro (por exigencias del trabajo) y la expresión de su mirada, la tranquilidad de sus ademanes, la felicidad que

emanaba de toda su persona, atestiguaban que poseía ahora una fuerza y un dominio interiores que antes no conocía. Sus anteriores matrimonios la habían mantenido en un estado de terrible tensión; su unión con Lex parecía, en cambio, haber inclinado su naturaleza al otro lado de la balanza; del lado de la moderación, de la serenidad y hasta de las conveniencias que es preciso respetar cuando se vive con los demás y para los demás.

Lana y Lex se instalaron en las afueras de Hollywood, en una casita de estilo colonial, donde se refugiaron en unión de la pequeña Cheryl Christian y de los dos hijos de Lex. Allí viven, profundamente enamorados uno de otro, una existencia tranquila y feliz. Lana parece haber encontrado, al fin, el hombre que necesitaba y con él la tan buscada felicidad.

Mildred puede ahora respirar tranquila contemplando el hogar de su hija. Lex es un hombre perfectamente normal y adora a Lana. Todo hace suponer que esta vez sí «es para siempre».

Y la viuda de Virgil Turner, recordó las extrañas palabras que su marido pronunciara el día en que nació Lana:

«El sol oponiéndose a Júpiter... Si nuestro hijo nace hoy, estará dotado de una personalidad extraordinaria y ocupará un lugar destacado en la vida, porque las estrellas nunca mienten...».

En una entrevista con la Prensa, Lana Turner manifestó:

—Yo respeto sinceramente a todo el que me dice con entera franqueza que estoy equivocada.

Apenas la estrella abandonó la habitación donde estaban reunidos, el agente de publicidad que trabajaba a sus órdenes hizo el siguiente comentario:

—Muy bien. Yo le digo francamente que está equivocada, y ella me respeta. Pero dón-de consigo otro empleo?

En el campo de golf de Athens, Texas, apareció Lana Turner visitando un pantalón corto y un jersey. Se dirigió al primer agujero y se dispuso a lanzar la pelota. Cinco caballeros se hicieron a un lado para observar. Levantó ella el mazo con destreza y dio un magnífico golpe a la pelota, que se perdió de vista.

—¿Podrían ustedes decirme a dónde fue a parar? —preguntó a los mirones.

Una sonrisa avergonzada apareció en los cinco rostros. Ninguno había mirado la pelota.

Así es LANA TURNER



(Caricatura de Muntañola)

n a la venta!



AN.—La actriz sueca vivió en los Estados Unidos y vivió en Italia un amor tan intenso que la hizo romper con todo su pasado, dejando renunciar incluso a su hija. A pesar de la felicidad que cree haber encontrado, siempre llevará clavada en el pecho la frase de la niña: «Me gusta mi mamá, pero no la quiero».

Una vida, UNA NOVELA

JUVENTUD DORADA EN EL TEATRO SUÉCOPRIMERO ROTUNDO EN HOLLYWOODABANDONADA TIENDA POR UN AMOR PASAJERO, AHORA UNICOEL RECUERDO DE SU Hija PIA ES AMARIGO PARA ELLA.

INGRID BERGMAN

2 PTS

Una vida, UNA NOVELA RAF VALLONE



ALFREDO VALLONE HACE SU PRIMERA PELÍCULA: "ARROZ ARRUGADO". DESPUES LLEGA EL ÉXITO EN FORMA SORPRENDENTE.

CASADO CON LA ACTRIZ ITALIANA ELENA VARZI

2 PTS

RAF VALLONE.—Abogado, filósofo, futbolista de primera, periodista, crítico teatral, y por fin actor cinematográfico. Hasta los treinta años no trabajó ante una cámara. Poco antes de venir a España para rodar «Los ojos dejan huellas» contrajo matrimonio con la bella actriz Elena Varzi. En su juventud fue un muchacho estudioso y deportivo. En la actualidad, puede considerársele como uno de los actores más cultos y completos.

**Una vida, UNA NOVELA
JAMES STEWART**

El típico muchacho norteamericano, ingenuo y simpático.
UN GRAN AMOR IMPOSIBLE DESDE SU JUVENTUD
Golondrinas hasta los 40 años. Es cosa de fin.

2

JAMES STEWART.—Hijo de un comerciante, tuvo que luchar contra la voluntad de su padre que quería a toda costa mantenerle tras el mostrador de su establecimiento. A pesar de su gran afición a la escena, no se consideraba a sí mismo como un buen actor, siendo él el primero en sorprenderse cuando se le concedió el Oscar. Se le conocen idilios con Anita Colby, Olivia de Havilland, y Rita Hayworth. Enrolado en la aviación como simple soldado, alcanzó el grado de coronel.

TITULOS EN PRENSA



BURT LANCASTER

Fue acróbata de circo hasta que un accidente le dejó inútil para esta profesión. Durante la guerra hizo teatro para los soldados de los frentes europeos. Ultimamente, ha logrado el sueño de su vida: producir e interpretar una película en la que encarna a un trapeista de circo, reviviendo así sus años juveniles.

JANE WYMAN

La estrella que hemos admirado en papeles tan dramáticos como los interpretados en «Belinda» y «Obsesión», comenzó su carrera artística cantando y bailando en un escenario. El cambio de estilo le resultó innegablemente favorable, puesto que su labor en la película «Belinda» fue premiada con el codiciado Oscar.



JEFF CHANDLER

Siendo niño prometió a su amiguita Susan Hayward que ambos llegarían a ser grandes estrellas de la pantalla. La promesa se ha cumplido. Pero no ha acudido a la cita la felicidad que esperaban encontrar en la cumbre de la fama. Con el hogar destrozado, Jeff busca a la mujer de su vida, oscilando entre Susan Hayward y Gloria de Haven.



BETTY GRABLE

Los padres de Betty no estuvieron de acuerdo sobre el camino que debía seguir la muchacha. El quería que fuese una tranquila ama de casa, ella, convertirla en célebre bailarina. Hollywood fue el juez que puso fin a la discusión. Un primer fracaso amoroso—que terminó en divorcio—dio a Betty una marcada desconfianza hacia todos los hombres.